

NOTICIA DE IGNACIO AGUSTI

Cinco novelas, las tres últimas grandes, componen la serie titulada «La ceniza fue árbol». Desde la publicación de «Mariona Rebull» (1943) hasta «Guerra civil», la última recientemente aparecida, Ignacio Agustí ha trabajado sin prisa, aunque sin pausa, durante casi treinta años.

La crítica señala que, como Proust, Agustí va también en busca del tiempo perdido, aunque no con su análisis psicológico minucioso, sino haciendo novela de costumbres, en la que estudia desde la Barcelona industrial, en que aparece «Mariona», a la España de los años de la guerra civil.

—Estoy contento. No hay obra de la que no se pueda decir que no se puede mejorar. Es muy posible que la mía sea susceptible de retoques. Pero en líneas generales es la obra que yo me había propuesto hacer, es decir, una historia novelada de la sociedad industrial barcelonesa en el último siglo. La historia de esta burguesía es la historia del cre-



cimiento de Barcelona como emporio industrial. Hay toda una cultura que creo está encerrada en estas páginas. En ellas se refleja un modo de vivir, de sentir, de avanzar. Creo que unos modos peculiares de ser palpitan en las páginas de «La ceniza fue árbol».

En treinta años se han producido muchas mutaciones. Desde que apareció «Mariona Rebull» hasta hoy han aparecido y desaparecido modas y estilos de escribir. Agustí nunca ha sido tentado por ellos.

—En realidad, muchas de las pretendidas novedades en estilos y escuelas me parecen a mí otras tantas frustraciones. Como mi novela había comenzado en unos cauces determinados, clásicos si se quiere, yo no tenía que preocuparme de más. Ahí quedan esas cerca de tres mil páginas que yo no sé si el lector tendría la paciencia de tragar, caso de que me hubiera metido en experimentos estilísticos.

Todas y cada una de las partes de esta «saga» han tenido un tratamiento peculiar. En general, Agustí escribe aprisa, sin interrupción, de un modo regular.

—Al principio, en «Mariona Rebull»,

escribía a un ritmo de diez folios por jornada. En «Guerra civil» no he querido forzarle la marcha y he escrito unos cinco folios por día. «Mariona Rebull» fue escrita en un mes; «Guerra civil», en tres. Pero éste no es el problema para el escritor. El problema está en que su aliento llegue con fuerza hasta los más recónditos rincones del drama que maneja. Por no medir con tino el poder de ese aliento, el escritor se sume a veces en laberintos en los que se entretiene y de los que tiene la sensación de no poder salir. Al fin, tras una lucha muchas veces dramática, siempre encuentra un duende milagroso que le conduce hasta el final. Pero el dolor de la obra es mucho.

«Guerra civil», ya lo hemos dicho, es la conclusión de la serie «La ceniza fue árbol». Desde que Agustí escribió «Mariona Rebull» había imaginado el final de la serie tal como la ha realizado en esta última novela que acaba de publicarse. Los personajes, y en primer lugar Joaquín Rius, pasan por el acontecimiento de nuestra guerra. Cuando el novelista imaginó esta conclusión la guerra acababa de concluir. En líneas generales, la estructura de la obra no se ha modificado con el paso del tiempo. Lo que los años han hecho es enriquecerla, hacerla más frondosa, añadirle tipos y lances; pero la trayectoria de los personajes de la familia Rius es la misma.

—«Guerra civil» presentaba para mí una dificultad; yo no sabía si la pintura de un cuadro bélico de una cierta magnitud, como son las batallas que describo en el libro, principalmente la batalla del Ebro, presentaría los visos épicos suficientes para quedar convincente. Podía acaecer que la narración perdiera realidad cuando más necesaria era. Me lancé a escribir después de una somera documentación, a riesgo de incurrir en errores que un militar profesional pudiera hacerme ver. Preferí que el relato mantuviera un cierto candor a que se perdiera en mazacotes eruditos.

«Guerra civil» tiene el final que ha de tener toda la «saga». Los últimos capítulos, por los que transita un trasluz purísimo, anticipación de la muerte del protagonista, son como ciertos nimbos de la pintura veneciana del XVIII.

—Era difícil terminar de otro modo. Debía dar la noción del tránsito del tiempo y de que toda la generación que nos acompaña se difumina, se diluye en la eternidad. Cualquier otro final menos pausado hubiera resultado brusco.

Ignora Ignacio Agustí qué escribirá en adelante. De momento no hace nada. Ha permanecido en Florencia unas semanas, en puro gozo especulativo.

—Envidia a Thomas Mann, que en su vejez pudo darnos la más depurada efusión de su espíritu con una obra, «Der Erwachte», mitad narración novelesca, mitad leyenda, mitad vida de un santo, y toda ella joya inestimable.

A Ignacio Agustí le agradecería hacer algo así de intemporal, de poético y de sublime.—Marino GOMEZ-SANTOS.